

tra. La hospitalidad, el cuidado de los muertos y el de los vivos y el arreglo de las costumbres, hé aquí lo que aumentó tanto el partido de los enemigos de nuestros dioses. Todo esto debeis practicar vosotros; y no basta que seais personalmente buenos. Haced saber á todos los que están subordinados á vosotros, en la administracion de las cosas religiosas, que un sacrificador no debe ir al teatro, ni beber en las tabernas, ni ejercer ningun oficio bajo. Privad de las funciones del sacerdocio á los que rehusen conformarse con esta policía. Deben guardar siempre su dignidad en todas cosas los consagrados al servicio de los dioses. Visitad pocas veces á los gobernadores. Ningun sacrificador salga á recibirlos cuando entren en la ciudad; sino solo cuando vayan á los templos, y aun entonces no paseis del umbral. Desde el punto que el magistrado llega á la puerta del lugar sagrado, no es mas que un simple particular. Vosotros mandais en lo interior en virtud de la ley divina, á que no se puede resistir sin una arrogancia sacrilega. En cada ciudad estableced lugares públicos de hospitalidad para los extranjeros de nuestra religion y para todos los pobres sin distincion. Es vergonzoso que dejemos tantos pobres sin socorro, en tanto que no se ve mendigar á ningun judío, y que los impíos galileos, ademas de sus pobres, tambien alimentan á los nuestros. Ya señalé los fondos necesarios para estos establecimientos; pero exhortad á los helenistas á tener parte en el mérito, y á las gentes del campo á ofrecer para el mismo intento las primicias de sus frutos.

A sus pontífices dá Juliano reglas aún mas visiblemente calcadas sobre nuestros estatutos eclesiásticos (1). Quiere que se

(1) Jul. Epist. 49.

abstengan, no solo de acciones vergonzosas, sino tambien de palabras deshonestas, de chocarrerías y de burlas indecentes. Les veda la lectura de libros obscénos, el Arquiloco, el Aristófanes y todo cómico licencioso, y los limita al estudio de una filosofía amiga de las costumbres y de la religion y diversa del epicureismo y del pirronismo. Al tratar de los espectáculos, dice que quisiera desterrar de los teatros todo lo que tienen de impuro; pero que no siéndole posible esto, á lo menos deben los sacerdotes abandonarlos enteramente al populacho, y ni aun tener amistad ni trato con un cómico ó con un farsante. El apóstol del helenismo queria tambien establecer una especie de monasterios, es decir, lugares de retiro y de oracion separados, para los hombres y para las vírgenes, y tambien dias y horas arregladas para orar en comun y á dos coros; pero no tuvo tiempo para poner en práctica estos proyectos.

Dábase mucha mas priesa para corromper cuantos cristianos podia con pérfidas caricias, y aún rebajándose á cosas enteramente indignas de su elevado rango. Eran especialmente blanco de este peligroso corruptor los sugetos distinguidos por sus talentos. Conocía y estimaba á la familia de Gregorio, obispo de Nacianzo, que habia sido casado antes de su episcopado; y habiendo estudiado en Atenas con uno de los hijos de Gregorio que tenia el nombre de su padre, conservó siempre la mas alta idea de su mérito extraordinario. Por esto, pues, hizo cuanto pudo para atraerle á la corte con su amigo Basilio, á quien profesaba igual estimacion; mas Juliano realizaba demasiado la mala idea que tanto tiempo antes habia dado de sí á estos virtuosos condiscipulos, para que ellos quisieran trabar una amistad tan peligrosa.

Lejos de eso, el jóven Gregorio veia con

mucho disgusto el favor que su hermano Cesareo gozaba en aquella corte impia. Cesareo, instruido y versado profundamente en casi todas las ciencias, se habia dedicado en particular á la medicina: pero no la ejercia sino como bienhechor de la humanidad y con un desinterés tan noble, que no solo correspondia á su nacimiento sino que le igualaba con las mas escelsas condiciones. Para fijarle en la ciudad imperial se le concedió entre otras distinciones el grado de Senador. Ya en otra ocasion la ciudad, que ya hacia tiempo le estimaba, habia enviado una diputacion al emperador Constancio pidiéndole que estableciese allí á Cesareo: hizolo asi aquel príncipe, y su sucesor quiso tenerle en su mismo palacio donde el protegido de este apóstata puso siempre su principal cuidado en hacer honor á la Religion de sus padres.

Sin embargo, estos peligrosos beneficios causaban á su familia los mas vivos temores. Nos llenas de dolor, le escribió un dia su hermano Gregorio, y al mismo tiempo nos confundes. ¡El hijo de un obispo es cortesano del soberano enemigo de Jesucristo! ¡Qué motivo de asombro y de escándalo! Mi padre está tan afligido que la vida le es gravosa. Ocultamos hasta ahora esta cruel noticia á nuestramadre, porque el dolor acabaria con ella. En vista de unas representaciones tan patéticas y sensibles, y para librar de mas zozobras á tan respetables parientes, Cesareo, que vivia en la corte como hubiera podido hacerlo entre ellos, la abandonó sacrificando el favor que en ella gozaba con todas sus esperanzas. Ya habia llenado de asombro á Juliano con otras mil pruebas de su amor inalterable á la fé cristiana; mas cuando el emperador vió esta indiferencia á la fortuna y á los honores, no pudo contener su admiracion, y exclamó fuera de sí: ¡dichoso padre en tener tales hijos! ¡desgraciados hijos en tener tal padre!

Hubo tambien otros muchos hombres

que honraron del mismo modo su Religion. Distínguense entre ellos Proeresio y Victorino. El primero era un hábil dialéctico de Atenas que habia sido maestro de Juliano y que gloriándose de padecer oprobios por Jesucristo, dejó su escuela, aunque estaba exceptuado de la ley general que prohibia á los cristianos enseñar. Victorino, natural de Africa, fué profesor de retórica en Roma y gozó de una aceptacion sin ejemplo hasta entonces. Habia tenido por discípulos á los senadores mas distinguidos. En una palabra, la nombradía de este retórico fué tan grande, que pareció igualar á los héroes, y al modo que se hacia con los triunfadores se le habia levantado una estatua en la plaza de Trajano. Hasta su edad avanzada y despues de muy largas deliberaciones, no se hizo cristiano; pero habiendo conocido y abrazado la verdad perseveró en ella con una firmeza verdaderamente heroica; firmeza que su celebridad y el carácter de la persecucion de Juliano le daban cada dia nuevas ocasiones de señalar.

Sin embargo, á pesar de estos grandes ejemplos, hubo algunos cristianos cobardes que se dejaron pervertir. Uno de ellos fué el sofista Ecébolo, menos famoso por su mérito que por su inestabilidad ó carácter siempre estremado: pues afectó gran celo en tiempo de Constanzo, fué idólatra ardiente en tiempo de Juliano, y despues de este impío reinado fué penitente entusiasta. La mayor parte de los demas apóstatas fueron soldados y cortesanos: esclavos unos de la ambicion y enemigos otros de toda sujecion no tenian mas ley que los caprichos del príncipe. Para atraer á otros muchos, acudió Juliano á las invenciones mas malignas, hasta á la de no permitir vender en los mercados de Constantinopla sino víveres ofrecidos á los ídolos, para que los fieles se viesen reducidos al hambre ó á una especie de apostasia. En ciertas ocasiones era costumbre que los

emperadores, sentados sobre su trono con pomposo aparato, hiciesen por su propia mano algunos presentes á las tropas; y en una de estas ceremonias mandó Juliano poner á su lado un altar, un brasero é incienso, queriendo que cada soldado antes de recibir su dádiva pusiese incienso en el fuego, y advirtiéndoles que en esto no se hacia otra cosa que renovar una costumbre antigua é indiferente.

Sospecharon algunos el lazo que se le tendia, mas no tuvieron valor para resistirse (1). La generalidad no conoció el ardid; pero reprendiéndoles despues su descuido, dieron las mas vivas señales de arrepentimiento y corrian por las calles y plazas públicas diciendo en alta voz: «Somos siempre cristianos, sépalo todo el mundo. No hemos apostatado de vos, Jesucristo Salvador adorable. Si fué sorprendida nuestra mano, el corazon no tuvo parte en ello.» Hubo algunos de tanto valor que se presentaron al emperador, arrojando á sus pies el dinero que acababan de recibir y diciéndole: «reservad vuestros dones para los que quieran aceptarlos con condiciones tan vergonzosas, pues para nosotros son mucho mas aborrecibles que la muerte. Cortad nuestras manos manchadas con ellos, acabad con nuestra existencia, sacrificadnos á Jesucristo nuestro divino Maestro, á quien se nos ha hecho hacer traicion contra nuestra voluntad.»

Ante este desaire abandonó á Juliano su filosofía, y montado en cólera mandó alejar á los confesores para degollarlos. Condujéronlos inmediatamente fuera de la ciudad, y ya el verdugo tenia la espada levantada, cuando llegó una orden para suspender la ejecucion. «¡Ay! dijo uno de aquellos generosos guerreros llamado Ro-

(1) Theodor. hist. lib. 3, cap. 16; Sozom. lib. 5, cap. 47.

mano, ¿con que no soy digno del martirio?» Fueron despues desterrados á los confines del imperio, prohibiéndoles morar en ninguna ciudad. Aun entre los primeros oficiales se vieron ejemplos de este heroismo. Joviano, que fué despues emperador, resistió en su cara á Juliano. El valor de Valentiniano, que tambien ascendió luego al imperio, no fué menos ejemplar. Mandaba una compañía de guardias del emperador; y fijándole este empleo allado del príncipe, entró con él un dia en el templo de la Fortuna. Rociaron á la multitud con ramos mojados en el agua lustral los ministros del templo, y dejaron caer algunas gotas sobre el manto de Valentiniano. Manifestóles este vivamente su indignacion, é inmediatamente cortó aquella parte del manto donde habia caido el agua. Indignó esto en extremo á Juliano y le desterró, á pretexto de que no tenia su tropa en buen estado. No queria que tuviese la honra de padecer por Jesucristo; mas nadie se equivocó ni engañó sobre este punto. Ni Valentiniano ni Joviano fueron privados de sus destinos, porque la política ó la necesidad de sus servicios pudo mas que la venganza.

Cuando Juliano creyó restablecida la idolatría entre las tropas, suprimió el estandarte de Constantino llamado el *Lábaro*, monumento glorioso del triunfo de la verdadera Religion; y en su lugar puso la antigua y sacrilega bandera de la república, que á un mismo tiempo era la señal de la impiedad y de la crueldad. Como la corte y los ejércitos adoraban en público los ídolos, creyó este príncipe que ya no necesitaba afectar ni violentarse. Echó de las ciudades á los obispos y á todos los eclesiásticos, para que la multitud, que no puede vivir sin Religion, viéndose privada del egercicio de la verdadera, abrazase la que quedaba en uso. No contento con confiscar las iglesias, mandó reedificar los templos de los dioses á

expensas de los que los habian destruido en los reinados anteriores; y como la ejecucion era imposible de todo punto, en todas partes fueron presos los clérigos y obispos, se les aplicó á la tortura, y muchos fueron condenados á muerte.

Entonces hubo muchos mártires, y aun mas de los que pretendia el soberano, á causa de los alborotos y sediciones que se movieron en las ciudades mas próximas á la corte. Orgullosos los idólatras con la protección imperial, no guardaron medida alguna: parecia que los agitaba el demonio á quien adoraban. Los cristianos mas relajados no pudiendo tolerar el horror de las blasfemias, y mucho menos sus injurias y befas, les respondian en el mismo tono, vituperándoles lo absurdo de su culto. Pronto vino á las manos el populacho de una y otra parte, quedando siempre impunes los sangrientos furores de los idólatras, al paso que se castigaban severamente los mas pequeños movimientos de los cristianos. Conferianse de intento á los mayores enemigos del cristianismo los empleos civiles y militares; y, en una palabra, el celador de la idolatría se dió tal maña que á pretexto de libertad de religion introdujo la mayor confusion en todo el imperio.

En Doróstoro de Tracia echaron al fuego los soldados á Emiliano, por haber destruido los altares. Habiendo el gobernador de Mera, en Frigia, dado sus órdenes para el restablecimiento de los ídolos, tres cristianos llamados Macedonio, Teodulo y Taciano derribaron algunos por la noche y tan en secreto que por ellos iban á quitar la vida á varias personas de quienes sospecharon; mas los autores se presentaron acusándose á si mismos y entregándose espontáneamente. El gobernador ofreció perdonarles si querian sacrificar; pero prefirieron los tormentos á la vida, y despues de haber padecido toda especie de suplicios,

fueron asados vivos como San Lorenzo, y su valor igualó al de este ilustre mártir (1).

Padecieron en Pesinunte de Galacia dos jóvenes ante el mismo Juliano. Marchaba este desde Constantinopla á Antioquia á la guerra de Persia, y se apartó del camino para ir á sacrificar á la madre de los dioses en su antiguo templo de Pesinunte; donde le presentaron dos jóvenes cristianos, los cuales confundieron los racionios en fácticos de que se sirvió para seducirlos. Hizoles sufrir un tormento horrible, y uno de ellos despedazado del todo con las uñas de hierro, mostró á los verdugos en una de sus piernas la única parte de su cuerpo en que no tenia herida, quejándose de que no la hubieran consagrado como lo demas con la cruz de Jesucristo. Sin embargo, no se le quitó la vida; y el historiador Rufino, que le llama Teodoto, asegura haberle conocido mucho tiempo despues. Le preguntó si habia sentido el rigor de los tormentos, á lo que el fervoroso confesor contestó que la alegría de padecer por Jesucristo su divino Salvador le causaba tales trasportes de gozo que absorbian todos los demas sentimientos.

Martirizó Juliano á otros en diversos lugares de la Galacia. El mas célebre de estos mártires fué un sacerdote de Ancira, llamado Basilio como el obispo, pero de una fé harto distinta; pues fué el principal apoyo de la sana doctrina contra los arrianos durante el imperio de Constanzo. En tiempo de Juliano ocupábase de continuo en visitar á los fieles para precaverlos contra el peligro de la idolatría. Fué atormentado por tres diferentes veces, y al fin murió en los dolores de la tortura. Tambien fué aplicado al tormento en la ciudad de Ancira un herege de

(1) Sozom. hist. lib. 5, c. 41; Ruinart, Act. sincer. Mart. pág. 649.

la secta de los encratitas, llamado Busiris, y sufrió este suplicio con un heroísmo que mostró claramente lo gratuito de la gracia y su fuerza milagrosa. Cuando quisieron colgarle por los brazos, según era costumbre, para despedazarle los costados, dijo al gobernador: «¿para qué perdeis el tiempo en colgarme y descolgarme?» Y alzando las manos sobre su cabeza, añadió: «Yo me tendré en esta postura todo el tiempo que queráis.» Le cogieron la palabra y la cumplió; mas por la misericordia del buen Maestro, en cuyo servicio nada se pierde, no murió en este espantoso tormento y mereció volver á entrar en el gremio de la Iglesia Católica.

Juliano pasó de Galacia á Capadocia, donde hizo también otros mártires, especialmente en Cesarea. No podía sufrir á esta gran ciudad, floreciente sobre todo en la piedad cristiana. Hacia ya mucho tiempo que se habían destruido en ella los famosos templos de Júpiter y Apolo; y últimamente acababan de hacer lo mismo con el de la Fortuna, que era el único que aun quedaba. Por esto castigó el tirano á toda la ciudad; privóla del título de tal aunque era metrópoli de una provincia muy considerable, y aun la quitó su nombre de Cesarea que la había dado el emperador Tiberio, y la hizo tomar de nuevo su antiguo nombre de Maceca. También la despojó de todos sus privilegios, padeciendo sus habitantes la humillación de verse sujetos á una capitación: los clérigos fueron alistados en las mas oscuras milicias, y á las iglesias, así de la ciudad como del campo, se las despojó de cuanto tenían en muebles y en bienes raíces.

Este emperador, dejando por do quiera rastros de su odio cruel contra el cristianismo y tiñendo de tiempo en tiempo sus huellas con sangre cristiana, atravesó la Cilicia y llegó por fin á Antioquia. No era amado en esta capital de todo el Oriente, donde dominaban los fieles convertidos de la idolatría

y que había sido como la cuna de los cristianos. Llevaban allí muy á mal el nombre de *gabileo* sustituido por las órdenes del tirano al nombre de *cristiano*, que debía su origen á esta iglesia. Observó cuidadosamente las extravagancias de Juliano el pueblo de Antioquia, que era malicioso, agudo y libre en sus dichos y censuras. Eran bastante vivas las sátiras que se oían, pues decían altamente que un emperador debía tener otros cuidados que alargar su barba y otras funciones que las de un sacrificador; y que solo sería el mono de los héroes de la Iliada, violentando la naturaleza para prolongar su talla hinchándose y andando á pasos largos.

La que le pareció mas mordaz de todas estas expresiones satíricas, fué la que se dirigía contra su barba, simbolo de su filosofía. Contestó á ella en el mismo tono, y compuso con este motivo contra los ciudadanos de Antioquia la sátira que de aquí tomó el título griego de *mysopogon* (odio á la barba). Tan miserable es la ejecución como el fondo de la obra, y no puede haber un ejemplo mas palpable de la extravagancia en que puede caer un hombre muy caviloso. Está llena de burlas indignas, de ironías fastidiosas, de insípidos y bajos pensamientos, con la pintura desabrida y enojosa de sus grandes uñas, de su pecho belludo, y del desaliño excesivo de su barba y de su cabellera. La acusación mas grande que hace á la capital del Oriente es haber tomado á Jesucristo por su Dios tutelar en lugar de Apolo y Calíope. Hay sin embargo en esta despreciable sátira una noticia preciosa para la tradición en el pasaje donde el autor se queja de que los fieles se arrodillaban delante de los sepulcros, lo cual atestigüa el culto de los mártires.

Así con la poca dignidad que se notaba en todos sus procederés puso el colmo al desprecio que su persona inspiraba (1). Mani-

(1) Ammian. Marc. lib. 22, cap. 9.

festaba altamente que no estimaba menos el título de pontífice que el de emperador. Sin cesar corría del templo de Júpiter al de la Fortuna, de este á los de Ceres y de la Amistad, y aun se alejaba de la ciudad al bosque de Dafne, consagrado á su divinidad predilecta, es decir, al dios Apolo. Diariamente y aun muchas veces al día practicaba lo que otros príncipes de los mas devotos de la idolatría no hacían sino una vez al mes. La salida y postura del sol las saludaba siempre con el derramamiento de sangre de las víctimas; y las sacrificaba asimismo muchas veces por la noche en honor de los demonios nocturnos. No contentándose con asistir á todos estos sacrificios, los ofrecía por sus propias manos, tomaba parte en todos los oficios bajos de los subalternos, iba y venía sin cesar, partía la leña, soplabá el fuego con su boca, llevaba las víctimas, afilaba los cuchillos para degollarlas, volvía y revolvía sus entrañas sangrientas, y muchas veces estaba todo él manchado de sangre (1). De todas las partes del Oriente, tan fecundo en fanáticos, y de todos los lugares del mundo corrían en tropas á su corte toda especie de adivinos y charlatanes. El palacio estaba lleno de los mas viles artesanos, hasta de esclavos y de malhechores escapados de las minas ó del cadalso, y á quienes de improviso se veía transformados en Hierofantas y en venerables pontífices. Despedía muchas veces el emperador sin darles audiencia á los magistrados y gobernadores de las provincias, que venían de las estremidades del imperio con motivo de los negocios de Estado, y entretanto se presentaba en las calles cercado de esta burlesca comitiva, separado de sus guardias y de sus oficiales, que se divertían desde lejos. Nunca le parecía mucho el tiempo que gastaba con este populacho, metía con él mucha bulla, reía á carcajada

suelta, y se divertía con sus dichos groseros y con sus fastidiosas bufonadas. San Juan Crisóstomo, que contaba estas puerilidades veinte años despues, preveía la dificultad que la posteridad tendría en creerlas, y para que diera crédito á ellas ponía por testigos á todos sus oyentes (1).

Poco despues de llegar Juliano á Antioquia, y probablemente antes de conocer el desprecio en que había caído allí el paganismo, pasó al arrabal de Dafne á la fiesta de Apolo que se celebraba anualmente. Pensaba encontrar en el culto y sacrificios una magnificencia digna de la capital del Oriente; pero su dolor y admiración fueron estremados cuando no vió ni víctimas, ni incienso, ni siquiera una torta para la ofrenda: de modo que el sacrificador se vió precisado á llevar de su casa un pato para inmolarle. El emperador echó una arenga para reanimar el fanatismo; pero ni el senado ni el pueblo mostraron por eso mas liberalidad.

Lejos de eso el arengador tuvo el disgusto de ser ocasión de que se convirtiera el hijo de un sacrificador. Este jóven, despues de haber rociado con agua lustral la comida que se servía al príncipe, se sintió de repente movido por la gracia, y huyó de Dafne á Antioquia que distaba dos leguas. Fué á buscar una diaconisa, amiga de su madre, y que muchas veces le había exhortado á que se hiciese cristiano. Al momento le llevó al santo obispo Melecio, que había vuelto á su iglesia como todos los prebostes desterrados por Constanzo: mas á pesar del cuidado que se puso en ocultarle, le descubrió su padre y le llevó á su casa. Este furioso idólatra descargó sobre su hijo los mas crueles azotes; y despues, habiendo hecho calentar agujas en el fuego se las metió en los pies, en las manos y por toda la es-

(1) Gregor. Nazian. Orat. 4.

(1) Chrysost. Orat. 2, in S. Babyl.